



Estab. tip. de J. A. Muñoz.

SANTO DOMINGO DE GUZMAN

able, cuando salían ardientes de su corazón. Nada más admirable que el profundo sentimiento de la naturaleza por el cual se le acercaban (1) criaturas, y atraía á sí los animales de los campos y los pájaros del aire que interpelaba como hermanos y hermanas queridas. Los himnos de San Francisco son de una grande elevación, y deben ser colocados entre las más magníficas producciones de la poesía cristiana (2). Obtuvo una multitud de indulgencias de la Santa Sede y grandes gracias del cielo para el rincón de tierra (*portuuncula*) en donde fué edificada su celda y donde construyó la iglesia de Santa María, santuario de predilección, testigo de sus éxtasis, y verdadero centro de su orden. El bienaventurado santo se identificó de tal manera con los padecimientos terrestres del Salvador, que se le apareció Jesucristo bajo la forma de un serafín, é imprimió en su carne las señales de las llagas de la pasión (3), cuyos dolores llenaban al santo de una alegría divina. Tendido desnudo sobre el enlosado de la iglesia, espiró como un serafín cantando su triunfo el 4 de Octubre de 1226: «Feliz, exclamaba, de ser al fin libertado y de encontrarse en el seno del Señor.» Gregorio IX canonizó á San Francisco en 1228; y Benedicto XII estableció para los franciscanos la fiesta de la impresión de las llagas de San Francisco (*festum stigmatum S. Francisci*), la cual fué general en tiempo de sus sucesores (17 de Setiembre).

Domingo pertenecía á la poderosa casa de Guzman: nació en Caleruega el año de 1170. Estudió cuatro años en la universidad de Pa-

(1) «Como había apagado en sí el pecado, dice Gærres, las consecuencias del pecado original también habían desaparecido completamente de él. La naturaleza llegó á ser su amiga; obedeció á la energía de su voluntad; los animales entraron en relaciones familiares con él, de la manera que según las tradiciones antiguas obedecían al hombre ántes de la gran catástrofe.» (*Católico*.)

(2) Gærres, San Francisco considerado como trovador. Véanse sus poesías, y sobre todo la salida del sol. Los cánticos en alemán é italiano. Francf.-sur-le-Mein, 1842.

(3) Raynald. ad. an. 1237, núm. 60. Wadding. ed Rom. t. II, p. 429. Cf. Gærres, Míst. crist. t. II, página 240.

lencia (después se trasladó á Valladolid), recibió el presbiterado de manos del obispo de Osmá, y luégo fué elevado á canónigo. Se ocupaba Domingo constantemente de la felicidad y desgracias de los hombres. En aquellos tiempos había enviado Inocencio III al Mediodía de la Francia á los monjes cistercienses para convertir á los herejes; esta misión no dió el resultado apetecido, con motivo, según decia Diego, obispo de Osmá, de haberse manifestado en el aparato de la religión triunfante en vez de deponer toda pompa exterior, ir á pié, y confirmar sus predicaciones con el ejemplo de una vida mortificada. Poquito á poco los misioneros, que en vano habían bañado con sus sudores esta tierra desolada, acabaron por abandonarla: sólo Domingo perseveraba en su resolución. Diez años se transcurrieron para él en esta obra ingrata; y su palabra pacífica, sus súplicas y su paciencia inalterable formaban un contraste consolador con la sangrienta cruzada poco ántes empezada contra los albigenses. Finalmente, después de haber madurado su resolución, Domingo fué á Roma en 1215 y presentó á Inocencio III el proyecto de dotar á la Iglesia de un nuevo medio de defensa combinando la vocación del monje con la del cura secular. El pontífice prescribió la regla de San Agustín modificada por la de los premostratenses, que aun permitía la propiedad. Honorio III, según las predicciones de su ilustre predecesor, dió á los miembros de la orden el nombre de *Frailles predicadores* (*prædicatores*) con el derecho de entregarse en todas partes á la dirección de las almas. También las mujeres tuvieron parte en el nuevo instituto (*sorores de militia Christi*). Su objeto esencial era asegurar la salvación de las almas anunciando la fe, que es la única que puede darla. La predicación y la enseñanza, que eran las principales armas de los dominicos, no les privaban de entregarse á todas las obras útiles al prójimo. El aspirante tenía un año de noviciado, después del cual era preciso dedicarse nueve años á estudios filosóficos y teológicos para figurar dignamente en las universidades y cátedras cristianas. Cuando el monje español halló más tarde á San Francisco, quiso refundir las dos





órdenes en una; pero éste le dijo: «Por la gracia de Dios las leyes, la austeridad y el mismo objeto de nuestras congregaciones establecen entre ellas profundas diferencias, á fin de poder servir la una de estímulo á la otra, y que pueda irse con ustedes el que no se halle bien entre nosotros.» Esta declaración no permitió la fusión proyectada por Domingo; con todo, de ello surgió un parentesco fundamental, puesto que en el capítulo general tenido en Bolonia en 1220, colocó el santo su orden en el número de los frailes mendicantes. Contó con la virtud de sus sucesores, no menos que con la caridad de la gran familia cristiana, y así fué que les legó la herencia permanente de una recíproca correspondencia de sacrificios de los unos por los otros.

Esta conformidad se hizo sentir también en la jerarquía: los franciscanos tuvieron un guardián y los dominicos un prior para dirigir cada uno de los conventos, y en Roma tenían un general (*minister generalis, magister ordinis*) que gobernaba todo el cuerpo. Además, por una y otra parte se estableció un *defnidor (defnitor)* para representar y presidir la comunidad, y aconsejar á los altos funcionarios. Los capítulos provinciales vigilaban y reglamentaban los conventos particulares, y un capítulo general dominaba toda la orden. Domingo terminó su vida, tan bien empleada, amenazando á cualquiera que se atreviese á poner estorbos en su orden con riquezas temporales, el día 6 de Agosto de 1221, y Gregorio IX llenó de alegría á toda la cristiandad canonizándole en 1234. Los frailes predicadores se extendieron rápidamente en Europa. Los boloneses, por un piadoso agradecimiento, se gozaron en adornar el sepulcro de Guzman, y los más célebres artistas, desde el pisano Nicola hasta Miguel Ángel Buonarrotti, llevaron á ella el tributo de su talento y asociaron su gloria á la de Domingo. El austero Dante glorificó á ambos fundadores presentándolos como los verdaderos héroes de su siglo.

Cuando estos religiosos, asegurados con sus privilegios, y más aún con la ardiente fe que les habian legado sus fundadores, se dedicaron á la salvación de las almas, se creyó en un principio que la Iglesia volvía á su primitiva juventud y

una veneración universal seguía sus pasos (1). Las órdenes mendicantes fueron al propio tiempo uno de los más sólidos apoyos del papado, que les habia concedido grandes privilegios. Lo que les daba más influencia era el derecho de poder enseñar, del que se valieron los dominicos con el mejor éxito. Efectivamente, habian reconocido desde un principio que el único medio de alcanzar consideración pública era ilustrarse en la ciencia y tomar lugar en las universidades. Ya en 1230 lograron una cátedra en París, y muy luego los buenos oficios del obispo y del canciller les facilitaron dos de teología, en lugar de los curas seculares que las ocuparon antes que ellos. Los nuevos titulares fueron Rolando y Juan de San Egidio. Al propio tiempo los franciscanos tuvieron pretensiones semejantes, y el gran teólogo de su orden, Alejandro de Hales, alcanzó la primera cátedra de la universidad (2). Por los siglos XIII y XIV las órdenes mendicantes ocuparon el más elevado puesto en la ciencia teológica. Santo Tomas de Aquino fué la gloria de los dominicos; San Buenaventura, y más tarde Duns-Escot, muerto en 1308, fueron el honor de los franciscanos; unos y otros las antorchas y columnas de la Iglesia. Los dominicos se distinguieron por el celo incomparable por las misiones: la Bulgaria, la Grecia, la Armenia, la Persia, la Tartaria, la India, la Etiopía, la Irlanda, la Escocia, la Dinamarca, la Suecia, la Polonia, la Rusia y la Prusia fueron, unas despues de otras, el teatro de sus excursiones apostólicas. Visitaron los pueblos en que la fe habia sido predicada, pero en que no habia echado hondas raíces, y donde era sofocada por una multitud de antiguas supersticiones. Las primeras brisas que empujaron embarcaciones europeas á la Groenlandia llevaron allá los frailes predicadores, y al principio del siglo XVII los holandeses no fueron poco sorprendidos al hallar allí un convento de dominicos, del que ya habia hecho mención en 1280 el capitán Nicolas Hani.

(1) *Matth.* Par. ad 1243-1246. Cf. *Enm. Roderici, nova Collectio privil. apost. Regul. mendicant. et non mendicant.* Antwerp., 1623, in fol.

(2) *Bulwé, Hist. Univers. Parisiens.*, t. III, p. 838 sq.; p. 244 sq.



Sin embargo, tales esfuerzos y buenos resultados excitaron los celos del clero secular, y particularmente de las universidades, de lo cual provinieron ataques manifiestos, y la rivalidad de las dos órdenes dió por desgracia muy á menudo lugar á legítimas quejas. Pues á pesar de sus comunes tendencias, la diversidad de las opiniones teológicas produjo conflictos frecuentes entre ellos (1). Esta opinión contra las órdenes mendicantes estalló en el ataque violento de Guillermo de Santo-Amor, que los comparó con los fariseos (2). Santo Tomas de Aquino y San Buenaventura se encargaron de la apología de sus hermanos (3). Sus respuestas humillaron profundamente á Guillermo, y las dos órdenes, tan bien defendidas, recogieron el fruto de la victoria.

En el momento en que San Francisco habia emprendido su segundo viaje á Siria y Egipto, y confiado el gobierno de la orden á su vicario Elías de Cortona, el carácter menos austero de este último ya habia hecho nacer un partido, que deseaba alguna suavidad en la regla. Francisco habia impedido con cuidado que estallase; pero luego de muerto el santo, Elías fué general, y se repitió la tentativa con buen resultado. Otro partido, dirigido por San Antonio de Padua, quiso, por el contrario, mantener la severidad primitiva. Antonio permaneció fiel al espíritu de San Francisco; para él la salvación consistía en el absoluto desprecio del mundo, y cuando hallaba los hombres rebeldes á su palabra, se dirigía á los animales: murió en 1231. Padua le erigió una magnífica iglesia, según

(1) *Matth.*, París, ad ann. 1239, nos refiere la disputa animada que se suscitó entre las dos órdenes sobre la prioridad de la una ó de la otra.

(2) *Gulielmus*, de Pericul. novissim. temp., 1256. Op. Constant., 1632. Par. ed. *J. Alethophilus* (Cordeus). Cf. *Natal. Alex.*, Hist. eccl. saec. XIII, cap. 3, art. 7.

(3) *S. Thomas*, contra Retrahentes á religionis ingressu; contra impugnantes Dei cultum. (Opp. Par., t. XX.) *Bonaventura*, Lib. apolog. in eos qui ordini Minor. adversantur; de Paupertate Chr. contra Guil.; Expositio in regulam fratrum Minor. (Opp. Lugd., 1778, t. VII.) Cf. *Raumer.*, Hist. de los Hohenst., tomo III, p. 615. Cf. Coll. cath. contra pericula imminencia Eccl. per hypocritas, etc. (*Du Pin*, Bibl. de los autores ecl., t. X.)

las intenciones de Nicolas de Pisa, la que bajo mil respetos aventajó á la de Asis, y el sepulcro del santo, adornado con todo el lujo de las artes, no es ménos digno de admiración que el de Santo Domingo. Los dos partidos continuaron una lucha muy animada; elegido Elías dos veces general, otras tantas fué derribado, y murió en 1253. Los rigoristas, empujados por su ardor, llegaron á romper con el papa, y se asociaron con Federico II, enemigo de la Iglesia. La reputación de San Buenaventura procuró aún por algun tiempo, hasta despues de su muerte, la victoria á estos últimos. El antagonismo estalló de nuevo; los moderados tomaron el nombre de *Fratres de communitate*; los rigoristas el de *Zelatores ó de Spirituales*, y luego fueron mirados como sectarios. Los pontífices Gregorio IX, Inocencio IV y Nicolao III fueron decididamente opuestos á los rigoristas (1); este último, por su bula *Exiit* (2), interpretó la regla en sentido de indulgencia. El partido vencido se dejó llevar en sus escritos hasta atacar al papa y á la Iglesia romana, oponiendo, como las sectas heréticas, la pobreza de los tiempos apostólicos á la pompa en que entónces nadaba la Iglesia. No temió profetizar un nuevo orden de cosas, haciendo en ello una particular alusión á una predicción del calabres Joaquin de Floris, muerto en 1202, sobre las tres edades del mundo, predicción más ampliamente desarrollada por los dos franciscanos rigoristas, Gerardo en su Introducción al *Evangelio eterno* (1254), y Juan de Oliva, muerto en 1297 (3). El favor que el santo papa Celestino V manifestó á los rigoristas pareció dar cima á la disputa. Este pontífice los reunió á los celestinos, pero luego que su protector hubo abdicado, empezaron de nuevo la disputa; Bonifacio VIII los persiguió con vigor y les obligó á disolverse en 1302 (4).

Las enérgicas exhortaciones de Bonifacio de

(1) *Roderici*, Collectio nova privilegior. apost. Regularium mendicantium et non mendicantium. Antv., 1623, in fol., p. 8 sq.

(2) Cf. *Wadding*, l. c. t. V, p. 73.

(3) Cf. *Wadding*, l. c. t. V, p. 314, 338.

(4) Cf. *Wadding*, ad ann. 1302, núm. 7 y 8; ann. 1307, núm. 2 sq.